

HUMPHREY CARPENTER



«Una de las biografías más interesantes
acerca de una figura literaria.»

The Times

minotauro

HUMPHREY CARPENTER

J.R.R. Tolkien
Una biografía

minotauro

Título original: *J.R.R. Tolkien. Una biografía*

Publicado por primera vez en Gran Bretaña por Allen & Unwin, 1977

© The Estate of the late Humphrey Carpenter 1977, 1978, 1982

© Traducción de Carlos Peralta



Tolkien® y la firma de J.R.R. Tolkien son marcas registradas
de The Tolkien Estate Limited

De la presente edición © Editorial Planeta, S. A., 2021
Avda. Diagonal, 662-664, 7a planta. 08034 Barcelona

www.planetadelibros.com

www.sociedadtolkien.org

Todos los derechos reservados

ISBN: 978-84-450-0968-0

Depósito legal: B. 332-2021

Fotocomposición: Pleca Digital, S.L.U.

Impreso en España

Printed in Spain

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como **papel ecológico** y procede de bosques gestionados de manera **sostenible**.

Índice

Nota del autor	11
I. Una visita	13
II. 1892-1916: Los primeros años.	15
1. Bloemfontein	23
2. Birmingham	33
3. «Lenguajes privados»... y Edith	49
4. «T.C., B.S., etc.»	65
5. Oxford	75
6. Reunión	85
7. Guerra	98
8. La fractura de la sociedad	108
III. 1917-1925: La creación de una mitología	117
1. Cuentos perdidos	119
2. Interludio en Oxford	131
3. Aventura en el norte	135
IV. 1925-1949 (i): «En un agujero en el suelo vivía un hobbit».	143
1. La vida en Oxford.	147
2. Observando fotografías.	157
3. «Había estado dentro del lenguaje»	167

4. Jack	181
5. Northmoor Road	192
6. El narrador	201
V. 1925-1949 (ii): La Tercera Época	217
1. Aparece el señor Baggins	219
2. «El nuevo hobbit»	229
VI. 1949-1966: Éxito	255
1. Portazos	257
2. Un gran riesgo	264
3. Dinero o gloria	270
VII. 1959-1973: Los últimos años	287
1. Headington	289
2. Bournemouth	303
3. Merton Street	310
VIII. El árbol	315
Apéndices: A Genealogía simplificada de J.R.R. Tolkien	323
B Cronología de acontecimientos de la vida de J.R.R. Tolkien	324
C Fuentes y reconocimientos	328
Índice onomástico	333

Una visita

Es media mañana de un día de primavera en 1967. He conducido desde el centro de Oxford, a través del Magdalen Bridge, por London Road, colina arriba, hasta el respetable pero insulso suburbio de Headington. Cerca de una gran escuela privada para muchachas giré a la izquierda por Sandfield, una calle residencial de viviendas de ladrillo, de dos pisos, con cuidados jardines al frente.

El número 66 está bastante lejos calle abajo. La casa está pintada de blanco y cubierta en parte por una alta cerca, un seto y algunos árboles. Estaciono el coche, abro el portal en arco, atravieso el breve sendero bordeado de rosales, y toco la campanilla de la puerta que me queda al frente.

Durante algunos instantes sólo se oye el lejano rumor del tránsito en la calle principal. Dudo si volver a llamar o retirarme, cuando el profesor Tolkien abre la puerta.

Es algo más pequeño de lo que esperaba. En sus libros otorga mucha importancia a la gran estatura, de modo que sorprende un poco ver que la suya esté algo por debajo de la altura media; no mucho, pero lo bastante para que se note. Me presento y, como he pedido una cita por anticipado y me esperaba, una sonrisa reemplaza la mirada perpleja y algo defensiva con que me ha recibido. Su mano se extiende y aprieta la mía con firmeza.

Detrás de él puedo ver el vestíbulo de entrada, pequeño, pulcro, sin nada distinto a lo que se podría encontrar en la casa de

cualquier pareja mayor de clase media. W.H. Auden, en un poco afortunado comentario recogido por los periódicos, ha llamado «horrible» a esa casa, pero eso es un disparate. No se trata más que de una sencilla y corriente casa de los suburbios.

La señora Tolkien aparece un instante para darme la bienvenida. Es más baja que su marido; una delicada anciana de cejas negras y cabello blanco recogido sobre la cabeza. Nos saludamos, y luego el profesor sale por la puerta del frente y me conduce a su «estudio» a un lado de la casa.

Se trata, en realidad, del garaje, donde hace tiempo no hay un coche —él explica que no tiene uno desde el comienzo de la Segunda Guerra Mundial—. A partir de su retiro, lo ha transformado en una habitación destinada a alojar los libros que antes permanecían guardados en su apartamento de la universidad. Los estantes están atiborrados de diccionarios, tomos de etimología y filología, y ediciones de textos en muchas lenguas, sobre todo inglés antiguo y medio y noruego antiguo, aunque también hay una sección destinada a las traducciones de *El Señor de los Anillos* en polaco, neerlandés, danés, sueco y japonés; el mapa de su imaginaria «Tierra Media» está prendido con chinchetas al marco de la ventana. En el suelo hay una maleta muy antigua llena de cartas, y sobre el escritorio se ven plumillas, portaplumas, tinteros y dos máquinas de escribir. La habitación huele a libros y a humo de tabaco.

No es muy cómoda, y el profesor se excusa por recibirme allí, pero explica que carece de espacio en el estudio-dormitorio de la casa, que es donde en realidad escribe. Dice que de todos modos ése es un arreglo temporal, ya que pronto terminará, según espera, al menos la mayor parte de la obra prometida a sus editores, y entonces él y Mrs. Tolkien podrán trasladarse a una residencia más cómoda y adecuada, lejos de visitantes e intrusos. Después de esta última observación parece levemente confuso.

Paso por encima de la estufa eléctrica y me invita a sentarme en un sillón con respaldo en forma de rueda, mientras él saca su pipa del bolsillo de su chaqueta de *tweed* y se lanza a explicar que

no puede concederme más que unos pocos minutos. El ruidoso tictac de un brillante reloj despertador azul parece corroborarlo. Me comenta que debe esclarecer una aparente contradicción en un pasaje de *El Señor de los Anillos* que un lector le ha señalado en una carta; el asunto exige ser considerado cuanto antes, ya que la edición revisada de su obra está a punto de entrar en imprenta. Lo explica todo con gran lujo de detalles, hablando de su libro como si se tratase de una crónica de acontecimientos reales en vez de una obra de ficción; en apariencia, no se ve como un autor que ha cometido una leve equivocación que deba ser corregida o resuelta, sino como un historiador obligado a arrojar luz sobre un punto oscuro en un documento.

Me desconcierta que pueda creer que conozco su obra tan bien como él. La he leído muchas veces, pero me habla de detalles que significan poco o nada para mí. Empiezo a temer que me haga alguna pregunta penetrante para revelar de ese modo mi ignorancia, y en efecto me hace una pregunta; pero por fortuna es retórica y no exige otra respuesta que un «sí».

Temo el que pueda haber otras preguntas más difíciles, y más aún porque no logro oír todo lo que dice. Tiene una voz extraña, profunda pero sin resonancia; totalmente inglesa, aunque con una cualidad que no puedo definir, como si proviniera de otro tiempo o de otra civilización. Sin embargo, casi nunca habla con claridad. Las palabras surgen en vivas oleadas. Apremiado por el énfasis, comprime o elimina frases enteras. A menudo alza la mano hasta la boca, lo que no hace sino dificultar todavía más la comprensión. Habla con frases complejas, casi sin vacilar, y luego se produce una larga pausa seguramente en espera de mi respuesta. ¿A qué? Si ha habido una pregunta, no la he oído. De pronto continúa (sin terminar jamás la frase) y ahora llega a una enfática conclusión. Al mismo tiempo, sujeta la pipa entre los dientes, habla con las mandíbulas apretadas y enciende una cerilla en el preciso momento en que llega al punto final.

Me esfuerzo otra vez por pensar en una observación aguda, y él continúa antes de que pueda encontrarla. Siguiendo algún leve

hilo conector, empieza a hablar de un comentario aparecido en un periódico que lo ha indignado. Siento entonces que puedo contribuir en alguna pequeña medida, y digo algo con la esperanza de que parezca inteligente. Escucha con educado interés y me da una larga respuesta, haciendo excelente uso de mi observación (en realidad muy trivial), como queriéndome demostrar que he dicho algo valioso. Luego se lanza a un tema tangencial, y una vez más me encuentro fuera de mi terreno, sin poder contribuir con otra cosa que un monosílabo de aprobación aquí y allá, aunque se me ocurre que quizá soy valorado tanto por escuchar como por participar en la conversación.

Mientras habla, se mueve sin cesar, recorriendo la pequeña habitación oscura con una energía que sugiere inquietud. Sacude su pipa en el aire, la golpea sobre un cenicero, la llena, enciende una cerilla, y rara vez aspira más que unas pocas bocanadas. Tiene manos pequeñas, pulcras, surcadas de arrugas, con un anillo de boda corriente en el anular izquierdo. Sus ropas, aunque algo ajadas, le caen bien, y a sus setenta y seis años apenas si muestra signos de gordura bajo los botones de su chaleco de color. No puedo apartar mucho tiempo mi atención de sus ojos, que vagan por la habitación u observan fijamente a través de la ventana, pero de vez en cuando me lanzan una mirada como una saeta o se clavan con firmeza en mí cuando se establece algún punto esencial. Están rodeados de pliegues que cambian con cada nueva expresión, y la acentúan.

El torrente de palabras se agota por un instante, y la pipa vuelve a ser encendida. Veo la oportunidad y expongo mi asunto, que ahora parece carente de importancia. Sin embargo, él se entusiasma de inmediato y me escucha con atención. Cuando esta parte de la conversación concluye, me pongo de pie para marcharme; pero por el momento mi partida no es, según parece, esperada ni deseada, puesto que comienza a hablar de nuevo. Una vez más se refiere a su propia mitología. Aferra su pipa y habla con ella entre los dientes; su mirada parece fija en algún objeto lejano, y es como si hubiese olvidado que estoy allí. Se me ocurre que en todo

lo externo se asemeja al arquetipo del profesor de Oxford, e incluso, por momentos, a la *caricatura* teatral de ese profesor. Pero eso es exactamente lo que no es. Ocurre como si un espíritu extraño se hubiese disfrazado de profesor de mediana edad. El cuerpo puede recorrer esta pequeña y modesta habitación suburbana; pero la mente está muy lejos, vagando por las llanuras y las montañas de la Tierra Media.

Y luego todo se acaba; soy conducido fuera del garaje hasta el portal del jardín, el más pequeño, el que está frente a la puerta de entrada; explica que debe cerrar con candado las puertas del garaje, para evitar que los aficionados al fútbol estacionen sus coches en el camino de entrada cuando asisten al estadio local a ver un partido. Para mi sorpresa, me pide que vuelva a verlo. No por el momento, ya que ni él ni la señora Tolkien se han encontrado bien últimamente y piensan ir de vacaciones a Bournemouth, aparte de que su trabajo ya lleva atrasado unos cuantos años y las cartas no contestadas se amontonan. Pero alguna vez, pronto. Me da un apretón de manos y regresa, con cierto aire de abandono, a la casa.